

## APROXIMACIÓN HISTÓRICA AL ESTUDIO DE LA GEOGRAFÍA DEL OCIO

Alfonso Guijarro Fernández<sup>1</sup>

LUIS GÓMEZ, A.: *Aproximación histórica al estudio de la geografía del ocio. Guía introductoria*. Barcelona, Anthropos., 1988, 384 pág.

Tener conciencia de lo que se hace parece una condición necesaria —ya que no suficiente— para tratar de superar ciertas limitaciones que se observan en los estudios realizados sobre esta o aquella cuestión. Desde este punto de vista, el libro de A. Luis puede ser considerado como una disección crítica de la “geografía española del ocio”, cuyo eje lo constituye el análisis comparativo de las aportaciones realizadas —hasta la edición de su trabajo— por los miembros de nuestra comunidad. Como es lógico, este hecho condiciona no sólo el contenido, sino también la estructura interna del trabajo dividido en dos grandes partes, la primera o “estudio introductorio”, que consta de cinco capítulos, trata de lo siguiente. Una presentación en la que se llevan a cabo diversas consideraciones sobre la génesis de la obra y el contenido que en ella encontrará el lector. A continuación el autor sintetiza los rasgos básicos de las dos perspectivas, idealista y materialista, desde las cuales se aborda habitualmente el análisis de las actividades realizadas fuera del tiempo laboral, a la vez que intenta introducir un mínimo de claridad en los conceptos utilizados: ocio, tiempo libre, turismo, recreación, etc. En tercer lugar resume la evolución de la geografía internacional del ocio, que iría desde los estudios sobre el turismo interesados por los cambios en la morfología del paisaje, hasta las investigaciones sobre las actividades de ocio, calificando el tránsito como “lento, discontinuo y dificultoso”. Por su parte, en el cuarto capítulo analiza el desarrollo de la geografía española del ocio —o mejor dicho, del turismo— mostrando tanto su aislamiento de lo realizado en el seno de otras comunidades científicas como su dependencia conceptual y metódica de la geografía regional francesa. Mas específicamente, sus cuatro apartados tratan de lo siguiente. En el primero se exponen muy brevemente los rasgos que han caracterizado a la geografía española durante los últimos cincuenta años. En el segundo se presenta el contenido de algunos estudios hispanos sobre la evolución de nuestra disciplina —R. Grau y M. López, H. Capel, etc—, al tiempo que se realiza un comentario crítico de los mismos, en el que se llama la atención sobre el carácter excesivamente “rupturista” de las clasificaciones dicotómicas que utilizan como eje de su discurso. En el tercero se sintetiza la trayectoria de la geografía española del ocio a través de diversos cuadros que nos informan sobre quién ha publicado, qué ha publicado, cuándo lo ha hecho, donde apareció su trabajo, etc. Finalmente, en el cuarto se lleva a cabo una sugerente interpretación de la citada evolución fundada en el análisis de las investigaciones cuyos aspectos “formales” fueron presentados anteriormente. Esta primera parte se cierra con un alegato en favor de una geografía del ocio hispana abierta tanto a las “perspectivas geográficas” habituales en otros países como a las desarrolladas por otros especialistas, al que sigue el extenso listado bibliográfico manejado para confeccionarla. Por otro lado, la segunda parte de esta obra está constituida por dos apéndices. En uno —dedicado a las recensiones— el autor comenta la casi totalidad de las aportaciones geográficas hispanas que, mas o menos directamente, tratan sobre las actividades del ocio. Mientras que el otro contiene un anexo bibliográfico, que da cuenta de la información anterior. Todo ello se cierra con un índice onomástico del estudio introductorio.

1. Universidad de Cantabria

Desde hace varios años A. Luis —quien, no en vano, ha sido discípulo de H. Capel y R. Grau— viene defendiendo la idea de que conocer el pasado de nuestra disciplina es un lugar de paso obligado para quién pretenda comprender el por qué de su mísero presente. Con esta finalidad redactó su tesis doctoral —véase Luis (1985)— sobre la posición y el papel de la geografía en el bachillerato español entre 1836 y 1970, mostrándonos como los “males” que actualmente sufre la enseñanza de nuestra disciplina son el producto, entre otras cosas, del doble atraso —científico y pedagógico— que secularmente ha padecido la enseñanza española. Por su parte, en el trabajo que ahora comentamos se pone de relieve —bien que temáticamente— cómo el atraso científico se debe, en buena medida, al aislamiento español con respecto a la geografía internacional y a las ciencias sociales. Al ser esta una cuestión que se aborda en el cuarto capítulo del “estudio introductorio”, donde se ensaya una interpretación de lo que ha sido el desarrollo de dicha “rama” en nuestro país, fácilmente se comprenderá que circunscribamos a él nuestro comentario.

Si dejamos de lado la abundante información que nos proporciona el autor en dicho capítulo —aunque no sólo en él, puesto que esta es una de las características más destacables de su obra— debe resaltarse que en el mismo encontramos una crítica de las ya mencionadas clasificaciones dicotómicas, que pone de relieve el hecho de que estas atienden mucho más a los cambios que a las pervivencias. Frente a ellas, se ensaya una interpretación de lo que ha sido la evolución de la geografía del ocio que, al hacer hincapié en estas últimas, conduce a la conclusión de que dentro de la misma han existido modificaciones de forma dentro de una continuidad de fondo. Interpretación que se muestra fructífera, lo que indica que su perspectiva “continuista” puede dar tan buenos o mejores frutos que el enfoque “rupturista” habitualmente utilizado para analizar la evolución de nuestra disciplina. Ya que dentro de éste no resulta fácil controlar la alta tensión ideológica que conlleva la “inevitable —dentro de nuestro universo cultural— identificación de los cambios con el progreso epistemológico. En este sentido, el claroscuro de la interpretación luisiana radica, a nuestro entender, en no haber delimitado con suficiente claridad los puntos de referencia adoptados para determinar lo que son cambios (o continuidades). Por ello, y pensando en futuros análisis, convendría que A. Luis delimitase más estrictamente el significado que le atribuye a dichos términos, máxime cuando de su exposición se desprende con claridad que aquellos se reducen a un conjunto de variaciones, en el sentido matemático, o, si se prefiere, musicológico de dicho término. Es decir, que se trata de cambios análogos a los que —de forma y no de fondo— se producen en un caleidoscopio, en el que es siempre un conjunto invariable de elementos el que se combina de diferentes maneras. Metafóricamente, el discurso de los geógrafos españoles del ocio pudiera entenderse, por tanto, como una misma sinfonía, pero interpretada en diferentes tonalidades.

Junto a su interpretación sobre la evolución de la geografía española del ocio, es justamente destacable el análisis “formal” que hace de sus aportaciones. Es decir, la disección de aquella que realiza en los Cuadros del Capítulo cuarto, que nos informan de quién publica, que publica, cuándo y donde lo hace, etc. Y ello porque los mismos ponen de manifiesto la falta de continuidad investigadora en el campo del ocio-turismo que caracteriza a la mayor parte de nuestros colegas. Si a ella unimos los efectos del doble atraso que se percibe en buena parte de sus aportaciones, fácilmente se comprende el negativo juicio que A. Luis emite sobre la situación de la geografía hispana del ocio. Juicio negativo que, sin embargo, no le impide apostar decididamente por su futuro. Y de ahí precisamente que el autor se haya embarcado en la redacción de un trabajo que, al menos intencionadamente, pretende convertirse en una útil “herramienta para todas aquellas personas interesadas en estudiar nuestro tiempo de ocio.

Finalmente he de señalar que esta recensión ha dejado de lado —y ello, al menos en parte, intencionadamente— numerosas “facetas” de la obra que comentamos. Lo cual, advirtámoslo explícitamente, no se ha debido a que carezcan de relevancia o a que las hayamos “pasado por alto” (lo que, en cualquier caso, es siempre posible), sino a las limitaciones que impone la brevedad a todo comentarista.